

Después de los sobresaltos y las emociones que el día le había deparado, pensaba que nada conseguiría retener su atención durante las primeras horas de la noche, que tan largas se le hacían y que procuraba entretener con algún programa banal de televisión, o con una de esas encendidas tertulias de la radio, o con las páginas llenas de colores y arrebatos de alguna revista. Aunque no había perdido el gusto por los libros, prefería leer por la mañana, a la luz del día, en ese tiempo apacible entre el final de las rutinarias tareas domésticas y la hora de comer.

Sin embargo, llevaba un buen rato lamentándose en voz alta y deambulando como alma en pena sin encontrar acomodo en ningún lugar, ni siquiera en su butaca preferida, la de respaldo firme y brazos de madera, que llevaba más de cuarenta años en su casa. Primero había sido la butaca de Lucien, o como siempre lo había llamado ella, el francés. Después, se convirtió en la más entrañable herencia del marido.

La compraron en una pequeña y destaralada tienda taller a las afueras de Toulouse porque él se había empeñado.

-¿Qué más dará un sitio u otro? -le había dicho ella-. Todas las butacas son iguales.

-Te equivocas -había asegurado el francés, señalando a un hombre que liaba un cigarrillo junto a la viejísima puerta de cuarterones que daba acceso a la tienda-. El hombre que ves allí nos hará una butaca con sus propias manos, con su experiencia y con su orgullo.

Era el dueño de aquel establecimiento quien fabricaba personalmente todo lo que allí se vendía. Lo hacía en el taller situado en la parte trasera. Por lo general, cuando el día no amenazaba lluvia, sacaba la mercancía a la propia calle y la colocaba sobre la acera. Y no dejaba de resultar curioso, pues nada de lo que sacaba a la calle estaba a la venta. Era, como decía él con un poco de sorna, el muestrario. A los clientes y curiosos que se acercaban les enseñaba con una pizca de orgullo sus manos encallecidas y, después de esbozar una escueta sonrisa, aseguraba que todo salía de aquellas manos y de su cabeza. Y para reforzar esta última idea se apuntaba la frente con el índice de una mano.

-Puedo hacerles una butaca como la mejor butaca del mundo -les dijo aquel artesano-. Pero, eso sí, no me metan prisa. Denme un número teléfono y cuando esté terminada les llamaré.

Tardó algo más de seis meses en hacer la butaca, pero mereció la pena. Después de cuarenta años no estaba como el primer día, sino mucho mejor.

Cuando murió el francés, diez años atrás, al regresar del cementerio donde le habían dado sepultura ella tomó posesión de la butaca. Se sentó por vez primera y un estremecimiento le recorrió todo su ser, como si la energía del francés estuviera todavía presente y se hubiera infiltrado por los poros de su propio cuerpo. Entonces volvió a llorar otra vez por el francés, por su ausencia ya irremediable, y se dijo con firmeza que nadie la separaría jamás de aquella butaca.